

## ESCENA XXVIII

## EL PECADO DE LA AVARICIA.

LUGAR DE LA ESCENA: *Un astro de oro*

PERSONAJES: HONORIO.—PAZ.—LOS USUREROS.—GIL GÓMEZ.  
LOS MALOS JUECES.—CATÓN.—CRESO.—CRASO.—PERICLES.  
LOS VENTEROS DE DAIMIEL.

ARGUMENTO.—Llegando al planeta donde se purga el pecado de la avaricia, encuentran á Judas con los usureros; á uno que les cuenta el hurto de Gil Gómez; á los malos jueces mezclados con los ladrones; á Catón con los avaros; á Creso y Craso acompañados de los conquistadores, y á Pericles con los dilapidadores.—Ven luego á los venteros de Daimiel, que les cuentan el robo y parricidio cometidos en su propio hijo. Después Honorio y Paz vuelven á seguir por la vía láctea su peregrinación celeste.

Y andando más y más, miran delante  
un astro rojo relumbrar un día,  
donde el rayo feliz de un sol levante  
próvido el oro y los diamantes cría.

Aunque allí el ansia de apilar inquieta,  
rueda inútil la plata por el suelo:  
da fiebre de adquirir aquel planeta,  
inagotable Potosí del cielo.

La tierra el seno de metal mostraba  
por las grietas sin fin de un suelo hendido;  
el agua de los ríos reflejaba  
los cambiantes del oro hecho fluido.

La tierra, como el agua, al hombre ofrece  
los milagros que sueña la pobreza,  
y hasta la árida arena allí parece  
que exhala de sí misma la riqueza.

Allí, por una baja idolatría,  
está el becerro de oro hecho divino,  
y el sitio de la escena, parecía,  
de la historia oriental del vellocino.

Triunfando los innobles pensamientos,  
el hurto sólo el corazón halaga,  
excitando á los ricos avarientos  
una hidrópica sed, que no se apaga.

En vano reclinando la cabeza,  
quiere gozar de calma la codicia;  
que aumenta el oro el ansia de riqueza,  
y exalta la riqueza la avaricia.

Nada de Paz los ojos alegraba;  
hasta el color del campo era amarillo;  
la rica arena estéril no criaba  
ni romero, ni rosas, ni tomillo.

Y ven que, de usureros circundado,  
su talla Judas el traidor ostenta,  
crespo el cabello y de color dorado,  
con la cara también amarillenta.

Después Honorio y Paz se acercan, viendo  
un avaro á quien otros persegufan,  
y á una gente que, audaz, tras de él corriendo,  
—¡Asesino de muertos!—le decían.

GIL GÓMEZ

—¿Quién es ese infeliz, que un torbellino  
de enemigos cercáis?—Paz les pregunta;  
y uno de ellos contesta:—Un asesino,  
que una vez cortó un dedo á una difunta.

»Es Gil Gómez, señora,—proseguía—  
avaro, sacristán y valenciano,  
que por robar á una difunta un día,  
creyendo ser ladrón, fué cirujano.

»Miró á una muerta Gil llevada en coche;  
la vió enterrar con sus anillos de oro,  
y al nicho el muy bribón volvió de noche,  
como vuelve el avaro á su tesoro.

»No pudiendo sacarle un grueso anillo,  
el sacristán, con el mayor denuedo,  
su linterna dejó, sacó un cuchillo,  
y ¡horror! cortó de la difunta un dedo.

»Por efecto tal vez de la sangría,  
mientras Gil, por huir, al viento pasa,  
alzándose la muerta, que vivía,  
cogió la luz y se volvió á su casa.

»Mas desde entonces Gil, lleno de miedo,  
sin que haya nada que su espanto venza,  
mientras vive ella alegre y sin el dedo,  
él se muere de susto y de vergüenza.

»Por eso siempre y sin cesar la gente,  
por cualquiera lugar que Gil camina,  
—¡Al valiente!—le gritan—¡al valiente,  
que hace vivir los muertos que asesina!»



Ven luego curas, jueces y doctores,  
que vendieron con sordida avaricia,  
por oro, por favor ó por honores,  
unos gracia, otros ciencia, otros justicia.

Tirándoles al rostro su grillete,  
se vengan de los jueces los penados,  
y en ir con los marchantes de bonete,  
se juzgan los ladrones deshonorados.

El ansia de adquirir no tiene freno;  
lo suyo y lo no suyo les desvela;  
no les deja dormir el bien ajeno,  
y ansiando el propio bien, los tiene en vela.

Patricio sin valor, venal esposo,  
recogiendo y ansiando cuanto mira,  
se arrastra allí Catón el virtuoso,  
mancillando hasta el aire que respira.

Marcha Creso detrás, que fué preclaro  
por contar más tesoros que proezas,  
el que avaro y tan sólo por avaro,  
las riquezas amó por las riquezas.

Y con Craso el venal, al que proclaman  
los proscritos de Sila el gran villano,  
marchan los héroes, que á sus robos llaman,  
lo mismo allí que aquí, golpes de mano.

Y va Pericles, que lanzó á la guerra  
á su patria, ocultando su codicia,  
enseñando falaz como en la tierra  
nació la crueldad de la avaricia.

Ven luego dos esposos que suspiran,  
y que huyen de mirarse frente á frente,  
porque se dan los dos, cuando se miran,  
el horror que da al ave la serpiente.

#### LOS VENTEROS DE DAIMIEL

Suspende, al verlos, la mujer su lloro,  
y á Honorio y Paz les dice con tristeza:  
—¿Queréis en cambio de la paz el oro?  
¡La paz del alma es la mayor riqueza!

»Yo soy—prosigue—una mujer maldita,  
á quien ha vuelto de avaricia loca  
la sed del oro, un monstruo que marchita  
el corazón que con su mano toca.



#### EL DRAMA UNIVERSAL

(LOS VENTEROS DE DAIMIEL)

»¡Cuando vi, al enterrarle, la medalla...!—  
Aquí enmudece, en su dolor se abisma,  
y dice al hombre, que no hablaba:—¡Calla!  
pues más que me odias tú, me odio yo misma.—



»Pobre, con fe, y una medalla al cuello,  
fué nuestro hijo á correr tierras extrañas;  
y después de encantarnos por lo bello,  
á Flandes admiró con sus hazañas.

»Tras largo tiempo de su patria ausente,  
llegó un soldado á nuestra venta un día;  
era el rico, era el bello, era el valiente,  
era el hijo infeliz del alma mía.

»Sin darse á conocer, de mi sigilo  
fió el caudal de que volvía dueño:  
cogió el dinero, él se durmió tranquilo;  
mas yo no pude conciliar el sueño.

»Sin conocer al hijo, y codiciosa,  
al ver en mi poder tan gran tesoro,  
sentí la tentación vertiginosa  
que da, al alcance de la mano, el oro.

»Busqué á mi esposo, y como, mal guardada,  
la mies inspira el robo y el saqueo,  
me dejó á su presencia avergonzada,  
cogiéndome en el aire, un mal deseo.

»Viendo tanto oro relucir enfrente,  
nos miramos la esposa y el esposo,  
y jamás á un mirar más elocuente  
un silencio siguió más espantoso.

«En la estancia del huésped, que dormía,  
pasó después, entre la sombra oscura,  
una escena de sangre, una agonía,  
un delirio, un horror, una locura.

»¡Cuando vi, al enterrarle, la medalla...!—  
Aquí enmudece, en su dolor se abisma,  
y dice al hombre, que no hablaba:—¡Calla!  
pues más que me odias tú, me odio yo misma.»—

Y continuó después:—Mudos cual bronce,  
viendo al hijo del alma asesinado,  
cayó de nuestros párpados entonces  
la lágrima mayor que se ha llorado.

—Pero ¿cómo al decirte: «¡Oh madre mía!»  
su voz no conociste?—exclama el padre.  
Y dice la mujer:—Porque creía  
que era otro hijo que hablaba de otra madre.—



Y el hombre y la mujer en sus miradas  
el mutuo horror de su maldad revelan,  
y se cruzan las frases aceradas,  
y las ideas que asesinan vuelan.

Y al padre vil la madre le decía:  
—¿Te acuerdas del dogal con que le ataste?  
—¿Y recuerdas—el padre respondía—  
el puñal con que atroz le asesinaste?

—Fué el mismo que después clavé en mi pecho—  
dice ella,—castigando mi avaricia.  
—Yo, ahorcándome,—dice él,— en mi despecho,  
con el mismo dogal me hice justicia.

—¡Parricida!—uno de otro aborrecido,  
gritan con alma de dolor transida;  
y el eco, doblemente repetido,  
—¡Parricida!—responde—¡parricida!—

Y siempre recordando al hijo muerto,  
el hombre avaro y la mujer avara,  
se miran cual si un día en el desierto  
se hallasen con un tigre cara á cara.

Y ya lejos, mirándolo hacinado,  
—¡Oro! ¡Más oro!—la mujer decía;  
mas el hombre á su vez, desesperado,  
—¡Pero, y la paz del alma!—respondía.

Del astro sin quietud en que, villanos,  
para robar el oro que apilaban,  
el padre al hijo, el hijo á sus hermanos,  
como el buitre á su presa, se espiaban,

odiando Honorio y Paz todos sus dones,  
con la cara de horror casi amarilla,  
se alejan de un lugar donde á montones,  
inútil para todo, el oro brilla;

y donde, en ansia vil, jamás se ha hallado  
ni un corazón con paz ni un ser risueño.  
Lugar de los insomnios adorado,  
donde nunca á dormir se para el sueño.

## ESCENA XXIX

## EL PECADO DE LA GULA

LUGAR DE LA ESCENA: *Un astro despeñado*

PERSONAJES: PAZ.—HONORIO.—LOS GLOTONES.—UN  
DESTACAMENTO DE FRANCESES

ARGUMENTO.—Un día alcanzan á ver una especie de cometa en el que están castigados los glotones, y ven á Helio-gábalos Galba, Claudio Albino, Mitridates, Lúculo, Vitelio, Maximino, Enrique VIII y Catalina de Lancáster. El capitán de un grupo de soldados franceses les cuenta la heroicidad de Blanca Armendáriz, quien, envenenándoles el vino, bebió y murió con ellos, matándolos á todos por ser enemigos de su patria.—Honorio y Paz ven desaparecer el cometa.

Un día que encantados contemplaban  
esos globos inmensos de topacio,  
que en infinita profusión brillaban,  
sembrados como polvo en el espacio,

ven que en sus curvas, ondulante y varia  
en marcha desigual, sin luz ni huella,  
describiendo una elipse cometaria  
luce errática y nómada una estrella.

En un golfo de pálidos vapores,  
balanceando sin fin, vira en redondo,  
cual del mar se abandona á los furores  
algún barco que hace agua, al irse á fondo.

Después de ir, ya subiendo, ya bajando,  
del cenit al nadir, marcha el cometa  
de un lado al otro, en derredor girando,  
cual gira sobre el eje una veleta.

Cuanto anda en él, ó rueda ó se desliza;  
marea el movimiento como el vino;  
en el suelo de arena movediza,  
donde pisan los pies, huye el camino,

Junta el cometa en su veloz carrera,  
describiendo la elipse cometaria,  
al tumbo de una innoble borrachera,  
el vaivén de una danza involuntaria.

Nada tranquilo ni de pie se tiene;  
los que marchando van, marchan lo mismo  
que un hombre que se agita, y que va y viene  
en un barco que rueda en un abismo.